



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S. L. U.
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
 Director General: Carlos Núñez Murias

Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirector de Información: Santiago Mendive. Subdirectora de
 Desarrollo Digital: Esperanza Pamplona. Redactor-Jefe de Orga-
 nización y Cierre: Mariano Gállego. Adjunto a la Dirección para

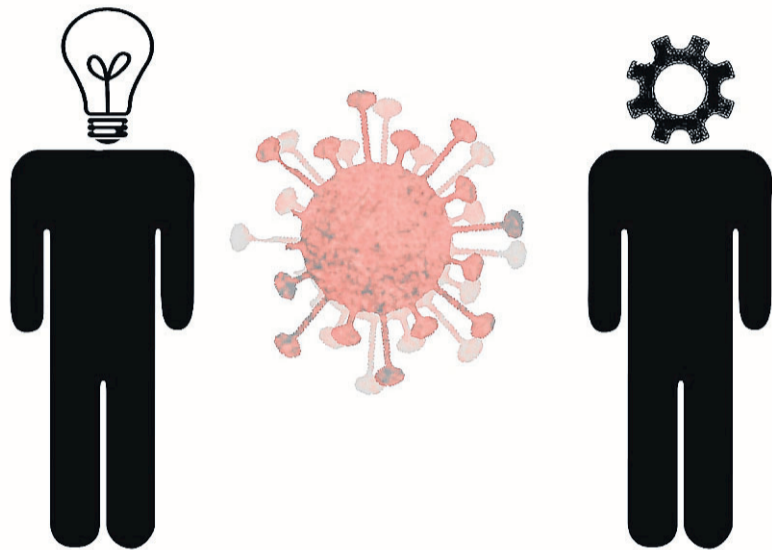
Opinión: José Javier Rueda. Política: Mónica Fuentes.
 Economía: Luis H. Menéndez. Municipal: Manuel López.
 Digital: Nuria Casas. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura:
 Santiago Paniagua. Fotografía: José Miguel Marco.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
 Comercializa: Blue Media Comunicación S. L.
 Imprime: Impresa Norte S. L.
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón S. L.

LA FIRMA | Por José Javier Rueda

Capitalismo post-coronavírico

La Humanidad acabará controlando el Covid-19. Eso no está en cuestión. La pregunta crucial es qué nos espera después. Eso aún está por definir. Hay que construir un capitalismo post-coronavírico sustentado en un nuevo contrato social



POL

Las bibliotecas y las hemerotecas son la prueba irrefutable de que con frecuencia las grandes profecías no han dado en la diana, incluso en momentos cruciales. Por ello, Umberto Eco escribió el ensayo 'Nunca te enamores de tu propio zepelín'. Cuando surgió el dirigible, la gente imaginó que le seguirían modelos aún más ligeros porque lo más lógico era pensar que había que ser más livianos que el aire para poder volar; sin embargo, resultó ser lo contrario y se acabó imponiendo el avión frente al dirigible. La moraleja de la historia es que tanto con las ideas como con la ciencia uno debe ser muy cuidadoso y nunca enamorarse de sus propias teorías porque la realidad las puede refutar en cualquier momento.

Con prudencia, pues, pero es inevitable preguntarse hoy qué vendrá después del coronavirus. Está claro que la que seguramente va a ser la mayor crisis mundial de nuestra generación va a dejar muchas cicatrices. Las decisiones que se tomen estos días moldearán el planeta durante los próximos años en todos los aspectos, desde el sanitario al económico, pasando por el político y el cultural. No sabemos cuánto cambiará ni cómo será el mundo post-coronavirus. No obstante, los filósofos y pensadores más conspicuos ya están tomando posición: desde el coreano Byung-Chul Han al israelí Yuval Noah Harari pasando por el esloveno Slavoj Žižek o el británico John Gray.

A grandes rasgos ya se dibujan dos grandes corrientes que, por otra parte, han sido las habituales después de una guerra y de cualquier otro acontecimiento disruptivo:

idealismo y pragmatismo. La Historia demuestra que primero surge el optimismo y después suele aparecer el crudo realismo. Así ocurrió tras las dos guerras mundiales. Así también después de la caída del Muro de Berlín: muchos creyeron que se alumbraba una época de libertad y prosperidad bajo el estandarte de la democracia liberal (Fukuyama); sin embargo, en los años noventa se resquebrajó el consenso social liberal que nació tras la II Guerra Mundial (Tony Judt) y surgió un 'capitalismo de casino' y de burbujas inmobiliarias que saltó por los aires en 2008 (Thomas Piketty).

La recesión de la segunda década del siglo XXI ha generado un empobrecimiento de las clases medias de Occidente, que se sienten menos protegidas. El resultado ha sido el auge de los populismos y el debilitamiento del modelo de democracia liberal. Y de repente ha llegado un virus que lo trastoca todo. El impacto que está teniendo en las sociedades y la profunda huella económica que generará pueden dar lugar a otro orden internacional. Cuál sea el paradigma de este nuevo orden no está predeterminado. La Historia no está escrita. Por ejemplo, dos grandes tragedias, la Gran Depresión de 1929 y la II Guerra Mundial, definieron las bases del moderno Estado de bienestar.

«No sabemos cuánto cambiará ni cómo será el mundo post-coronavirus. No obstante, los pensadores más conspicuos ya están tomando posición»

En el debate entre idealistas y realistas, Yuval Noah Harari es uno de los pensadores que creen que el Covid-19 es una oportunidad para construir un nuevo capitalismo basado en la cooperación mundial, la solidaridad y en compartir información y avances científicos. Junto al filósofo israelí, prestigiosos juristas como Luigi Ferrajoli reclaman que se construya un constitucionalismo planetario, una Constitución de la Tierra como herramienta de gobernanza global.

En el bando de los pragmáticos destaca la figura de John Gray, que considera que «creer que la crisis se puede resolver con un estallido de cooperación internacional es pensamiento mágico». El catedrático de la London School of Economics aporta una visión más realista para argumentar que las divisiones geopolíticas excluyen cualquier cosa que pueda guardar algún parecido con un Gobierno mundial y, si existiese, los Estados actuales competirían por controlarlo. El provocador Žižek también rechaza el utopismo, pero cree que el instinto de supervivencia alimentará la cooperación.

Utópicos y prosaicos empiezan a desgranar sus ideas para dar una nueva respuesta al viejo dilema que Thomas Hobbes, teórico del Estado moderno, abordó hace cuatro siglos: la inseguridad general de la libertad salvaje o el pacto de coexistencia pacífica sobre la base de la garantía de la vida.

El Covid-19 intensifica el debate sobre un nuevo contrato social más verde, integrador y justo. Y lo hace con preguntas dramáticas: ¿tiene sentido que acumulemos armas para la guerra, pero no mascarillas para una pandemia?

EN NOMBRE PROPIO

Ángel Gracia

Gratitud

Hay tanta gente a la que dar las gracias estos días aciagos, que el corazón se llena de gratitud. Cuando la vida era de otra manera, ese sentimiento estaba reservado a familiares y amigos. Es extraño sentirla ahora por personas que no conozco. Epidemiólogos, sanitarios, fuerzas del orden, empleados de limpieza y supermercados. Trabajadores que siguen en la brecha desde que comenzó el estado de emergencia.

Pero, aparte de ciudadano, soy un poeta sin remedio y mi gratitud se extiende más allá. Me paso el día entero dando las gracias a todo tipo de seres, entes y cosas. Al amanecer doy gracias a los pájaros que, en el silencio de las calles, han vuelto a ser los maestros cantores. Doy las gracias a mi mujer y mi hijo por conectarme a la energía primordial. Doy las gracias a los juegos, la imaginación y el disparate infantiles. Doy las gracias a mis padres por sus infalibles llamadas telefónicas. A la hora del ángelus bailo con el nuevo disco de Bigott, 'This is all wrong', y hago un brindis (con gewürztraminer aragonés) al sol y al cierzo, que me visitan en el balcón. Agradezco a la ensoñación, a la vagancia y al desvarío el alivio que me dan.

Doy las gracias por sus libros recientes a Juan Alonso, José Gabarre, Angélica Morales, Josian Pastor, Sánchez Vallés, Sandra Andrés, Celia Santos y Miguel Ángel Ortiz Albero, cuya lectura me salva. Doy las gracias a los titiriteros de Aragón, ejemplares en su santa terquedad por vivir y hacernos vivir el arte y la cultura. No reblar, amigos.

Ángel Gracia es poeta y narrador

CON DNI

Javier Usoz

El aullido de Dylan

Bob Dylan acaba de publicar 'Murder most foul', una canción muy larga y poco entretenida, exuberante en lo literario y minimalista en lo musical. El título, que puede traducirse como 'El asesinato más atroz', es una frase mítica que pronuncia el espectro del rey de Dinamarca en 'Hamlet'. Sin embargo, más allá de este y de los otros mil guiños y citas culturales que contiene la pieza, en mi personal interpretación, su referencia esencial es el espíritu de la Generación Beat. Para mí, esta entrega de Dylan es una secuela del poema 'Aullido', de 1955, en el que su amigo Allen Ginsberg plasmó la Norteamérica zombi que esclerotiza a sus vástagos, o los enloquece.

Sesenta y cinco años después de dicha obra, Dylan, partiendo del asesinato de John F.

Kennedy en 1963, atestigua la decadencia estadounidense y asume que semejante crimen no dio lugar a una reacción contra la corrupción que aniquiló el cambio ilusionante que encarnaba aquel líder. La generación de Dylan enmudeció y se refugió en el brillo del pop, con su mística alucinógena, su arte, su cine y su prodigiosa música. Si Lou Reed tardó una década en cantar 'The day John Kennedy died', solo para soñar con olvidar aquel día, a Dylan le ha costado medio siglo retratarse.

Además, en plena crisis por el coronavirus, Dylan nos dice que las listas de libros, películas y canciones aliviarán el trance, pero también desliza que la cultura puede convertirse en mera evasión anestésica. Por eso, los diecisiete minutos de recitado musical de 'Murder most foul' a mí me parecen el aullido de un anciano que aún necesita creer en la virtud.

juoz@unizar.es